
El siglo de la heroína

Tom Carnwath
Ian Smith

Traducción de Xavier Zambrano


melusina

Introducción

No hace mucho un periódico de tirada nacional publicó la siguiente lista de «verdades» sobre la heroína.¹ La mayoría no son ciertas:

Heroína: los hechos

1. Los consumidores afirman que la heroína es seductora, pernicioso y la droga de las llamadas recreativas más de moda entre los jóvenes. La diamorfina, llamemos a la asesina por su nombre clínico, proporciona una sensación de bienestar y de seguridad extraordinaria para luego destruir sin tregua a todas las víctimas demasiado débiles para dejarla.
2. Hoy en día, esta droga puede conseguirse fácilmente en cualquier ciudad y pueblo del país. Además, el «jaco» es barato: a treinta euros el gramo es una tercera parte más barato que su rival de lujo, la cocaína. Esta droga puede esnifarse, inyectarse en vena o fumarse («fumarse un chino», calentando la heroína sobre un papel de aluminio). La adicción es un hecho tan inevitable como la muerte y los impuestos.
3. Los principales productores de adormidera, de donde se extrae la heroína, son Turquía, México, Irán y el Líbano. Pero los grandes cultivos se encuentran en el llamado Triángulo Dorado que se extiende entre Laos, Camboya y Birmania.

4. Los peligros del consumo de heroína son espantosos: pérdida de apetito, convulsiones, vómitos, incontinencia, insomnio, putrefacción de los dientes, impotencia en los hombres, esterilidad en las mujeres y muerte.

Junto a la lista, aparecía una fotografía de un hombre melencólico a punto de inyectarse, pero ya con la expresión extática de la *Santa Teresa* de Bernini. La fotografía era un posado evidente: el sujeto se parecía un poco a Mick Jagger de joven y emanaba «carisma heroínmano». La jeringuilla y la aguja, suspendidas en el aire como emblemas, no podían tener un uso real. Los ojos en blanco del sujeto seguro que no le ayudarían a inyectarse, sobre todo porque difícilmente podría pincharse sin torniquete y apuntando la aguja en ángulo recto respecto al brazo y no en la dirección de las venas. La fotografía parecía más un anuncio que una advertencia.

Todo esto nos sorprendió en gran medida porque el periódico en cuestión suele publicar artículos ecuanímenes sobre las drogas. Pero lo cierto es que podríamos encontrar centenares de ejemplos de desinformación en este periódico y en el resto de la prensa. Escribimos al director recalcando que casi todas estas «verdades» eran completamente falsas, pero no publicó la carta. En consecuencia, decidimos escribir este libro.

La heroína suele suscitar opiniones que contradicen toda evidencia, y «evidencias» que se amoldan a cualquier opinión. El problema de las drogas es acuciante, pero los hechos y las argumentaciones que se manejan son contradictorios y tortuosos. Incluso una breve zambullida en las aguas agitadas del debate le deja a uno sin aliento y dispuesto a agarrarse a la tabla salvadora de cualquier opinión. Una vez subidos a bordo de una opinión, se entiende que la gente sea reticente a abandonarla y a volver a nadar.

Sin embargo, incluso quienes analizan los hechos con atención pueden llegar a conclusiones distintas sobre los peligros de la heroína y las acciones que deberían adoptarse. Esperamos que este libro proporcione un repaso desapasionado y objetivo de la heroína desde su introducción en la medicina hace un siglo.

Nuestra intención primordial es describir e historiar, aunque inevitablemente nuestras conclusiones y opiniones influirán en el tono de la obra. Así que las manifestaremos de forma simple y abierta. Aquellos que discrepen radicalmente de nosotros pueden dejar de leernos ya y no perder más el tiempo, pero nos gustaría recalcar, antes de que abandonen, que hemos llegado a estas conclusiones con cierta reticencia y para nuestra propia sorpresa. En un principio no partimos de unas opiniones sólidas y estructuradas sino que, de manera gradual, nuestra investigación, experiencia y discusiones nos han ido convenciendo.

En resumen, creemos que las preocupaciones que suscita la heroína son exageradas, que es bastante probable que se despenalice o legalice en un futuro no muy lejano y, cuando ello ocurra, no será una catástrofe. Los problemas de salud quizá aumenten, pero no en demasía. La inseguridad ciudadana probablemente bajará un poco. Se generarán, en cambio, enormes beneficios económicos derivados de la erradicación de las mafias internacionales del mercado de la heroína, el abandono de la «guerra contra las drogas», la expansión del comercio y el aumento de los ingresos fiscales. Sólo nos ocuparemos de otras drogas ilegales como el cannabis o la cocaína de pasada, sin aventurar opiniones sobre los beneficios de legalizar estas sustancias.

No se trata de un libro evangelizador ni nos preocupa especialmente persuadir a nuestros lectores. Nuestro principal objetivo es proporcionar información precisa. Creemos que el debate sobre las drogas debería ocuparse de cada droga por separado y basarse en los conocimientos que se tengan sobre esa droga en particular. Cada droga posee distintas propiedades e historia, cada una tiene sus mitos asociados. Algunas que se creen relativamente inofensivas son de hecho peligrosas, mientras que otras que se toman por muy peligrosas no son tan malas como parecen. A nuestro entender, el éxtasis entraría en la primera categoría y la heroína en la segunda.

No deja de sorprendernos en qué medida el debate sobre las drogas se cimienta sobre una base de ignorancia, incluso por parte de aquellos que tienen la responsabilidad de las políticas pú-

blicas o de los tertulianos de televisión y prensa. Ofrecemos este libro para corregir esta tendencia y pedir que haya un debate público sobre la heroína independientemente de las demás drogas. Pronosticamos que los cambios en las posturas acerca de la heroína tendrán un gran impacto en nuestro mundo en los próximos diez o veinte años y, en consecuencia, tenemos que empezar a prepararnos ahora.

No abogamos en absoluto por el consumo de heroína. Creemos incluso que hubiera sido mejor que no se hubiera descubierto. Queremos dejar meridianamente claro que empezar a consumir heroína en las circunstancias actuales es una soberana estupidez. La dependencia se adquiere con facilidad y normalmente acarrea grandes padecimientos para los consumidores y sus familias. Cuando sostenemos que la heroína es potencialmente menos peligrosa de lo que se piensa, nos referimos a un futuro hipotético en el que se pudiera adquirir heroína farmacéutica a un precio razonable y se hubieran desarrollado métodos más seguros para administrarla. Todo esto se detallará en los capítulos siguientes. Hoy en día, quienes consumen la heroína que circula por las calles corren riesgos desproporcionados respecto al solaz que la droga pueda proveer. No defendemos su legalización inmediata. En un momento en que menos del uno por ciento de la población la ha consumido, es prematuro adentrarse en tierras ignotas. Es posible, aunque creemos que improbable, que el uso de heroína disminuya (como ya sucedió en Estados Unidos en los años treinta y de nuevo a principios de los setenta). En estas circunstancias, la mayoría considerará justificado el mantenimiento de la prohibición. Nuestra predicción es que el uso seguirá en aumento y que en diez o quince años habrá una base sustancial de consumidores de heroína, tan numerosa, por ejemplo, como la de quienes asisten a actos religiosos con regularidad. Cuando llegue ese momento, la mayoría pensará que el mantenimiento de la prohibición tiene más costes que beneficios.

Hemos llegado al estudio de la heroína por vías bastante distintas. Tom Carnwath proviene de un entorno acomodado, estudió medicina en Cambridge y posteriormente en Londres. Ejer-

ció brevemente como médico de cabecera antes de especializarse en psiquiatría. En la pared de su despacho cuelga la retahíla habitual de títulos oficiales. No reflexionó en profundidad sobre las drogas hasta hace doce años, cuando un colega dejó su puesto y tuvo que reemplazarlo, a tiempo parcial, en una clínica local de tratamiento de la adicción.

Por muchos años que se haya estudiado, la medicina se aprende de verdad cuando se empieza a ejercer una especialidad. Él tuvo la suerte de que lo destinaran a uno de los mejores equipos del país en el tratamiento de adicciones, tanto por sus conocimientos como por el apoyo amistoso que se brindan entre colegas. Los miembros del equipo le ayudaron pacientemente a ir conociendo el terreno y suplieron su ignorancia inicial. Desde entonces ha recibido una educación intensa y fructífera por parte del personal, los pacientes y los colegas de otros hospitales; formación que ha complementado devorando la copiosa literatura disponible. Actualmente, ejerce a tiempo completo de especialista en psiquiatría de las adicciones y ha escrito numerosos artículos sobre los opiáceos, la adicción a estimulantes y temas afines. No tiene ninguna experiencia personal en el consumo de heroína.

Mientras que Tom Carnwath se dedicaba a diseccionar con esmero un cadáver en el departamento de Anatomía de Cambridge, Ian Smith ya estaba metido hasta el cuello en la naciente movida de las drogas tanto en el norte como en el sur de Inglaterra. Un precoz «drugstore cowboy» que obtenía sus suministros mediante robos en farmacias; acabó en Londres llevando la tediosa vida de quien depende de una receta de metadona. Los problemas con la ley y con el aparato asistencial le llevaron a dejar los opiáceos y a empezar un largo romance con la bebida. Finalmente, consiguió dejarla también durante años, aunque ahora ha conseguido dominar el arte de beber con moderación. En cambio, con la nicotina no ha podido; lo que prueba que, en su caso, la teoría que circula sobre que es más difícil dejar los cigarrillos que la heroína es cierta.

Su experiencia con las instituciones asistenciales y sus métodos le condujeron de nuevo a trabajar con las drogas, pero esta vez

desde el otro lado de la barrera. Después de varios empleos como voluntario, se licenció en sociología. Entonces contribuyó a poner en funcionamiento un grupo de autoayuda para consumidores de drogas. En los últimos años ha estado trabajando como director de proyectos en el mismo equipo que Tom, también ha organizado un curso sobre políticas de drogas para profesionales municipales y ha editado *Monkey*, una polémica revista para quienes consumen drogas. Ambos, Tom e Ian, tienen una edad similar y una fruición por el debate que han ejercido tanto dentro como fuera del trabajo durante al menos cinco años. De este crisol nació la mayoría de ideas y pensamientos contenidos en este libro.

Por todo ello, contemplamos la heroína desde distintos puntos de vista: uno desde dentro y otro desde fuera. Por un lado, desde una formación en fisiología y farmacología; por el otro, desde la sociología y la criminología. Uno de nosotros tiene un espíritu conservador y respetuoso con la autoridad; el otro, radical y disconforme con las estructuras de poder. Uno está cómodamente asentado, mientras que el otro es inquieto como el azogue. Podríamos proseguir indefinidamente con estos contrastes, sin embargo, los dos tenemos mucha experiencia sobre la heroína y sus consumidores. A pesar de nuestras respectivas actitudes y enfoques, esta experiencia ha convergido con el tiempo en una amplia base de acuerdo sobre la controversia de la heroína. Hasta tal punto que ahora debemos buscar otros temas si queremos mantener vivo nuestro debate.

Todo esto nos satisface, pues refuerza la confianza en que nuestros argumentos no son fruto de prejuicios personales, sino de la propia historia y propiedades de la droga. Creemos que el lector puede utilizar nuestros puntos de vista tan dispares para orientarse con certeza y trazar su propia opinión sobre la heroína. Creemos, al menos, que los frutos de este proceso merecen ser compartidos. La mayoría de libros sobre este tema son o bien vocingleros y partidistas o bien densamente académicos. Confiamos en haber escrito un libro que sea equilibrado, informativo y de fácil lectura.

Escribimos específicamente sobre la heroína, lo que significa que nos ceñiremos casi exclusivamente al siglo xx. Nuestra com-

posición de tiempo y lugar empieza por describir muy brevemente la historia del uso de opiáceos en otros siglos. Muchos historiadores han abordado ya este tema, sobre todo la fascinante historia del opio en la Gran Bretaña del siglo XIX y el escándalo de las guerras del Opio.² La siguiente exposición está basada en gran medida en sus trabajos.